

de las ciencias, no podía afirmar que faltase absolutamente esta Tópica; lejos de eso, en lugar del ejemplo que él puso de suyo, que es harto diminuto, pudiera haberse valido de los libros de Cano para señalar un modelo completísimo del modo con que ha de ejecutarse el descubrimiento y ordenación de estas Tópicas. El mismo ponderadísimo *Nuevo órgano*, de Bacon, que no es más que una Tópica para la física, no iguala en método, elegancia, perspicuidad, tino y crítica á la Tópica teológica del dominicano español. El mal está en que es Tópica teológica, y nunca podrá entrar en digno paralelo con las inefables averiguaciones de los infalibles investigadores de la naturaleza. Por los libros de Cano no puede descubrirse alguna nueva propiedad de los cuerpos; se descubren sólo las propiedades de la Divinidad, y éste no parece que es hoy objeto digno de la filosofía.

Cano confiesa de sí que halló en santo Tomas la idea (aunque muy oscura) de los *Lugares teológicos*. Pero, aunque esto fuese así, por lo que hace á lo singular de los lugares ó fuentes de los argumentos pertenecientes á la teología, la idea de una Tópica particular le nació sin duda del ejemplo de Aristóteles, como él mismo lo da á entender. En efecto, el tránsito de lo general á lo particular es naturalísimo; y con todo eso, desde Aristóteles á Cano corrió buen número de siglos sin que á nadie se le ocurriese aquel tránsito. Tal es la pobre índole de nuestro entendimiento: se arroja con temeridad á misterios impenetrables, creyéndolos accesibles á su comprensión, y suelen hurtarse á ella cosas facilísimas, que, despues de halladas, se corre él mismo de su torpeza, y se admira de cómo pudo haber andado tan tarde y ciego en descubrirlas.

Al mismo tiempo que escribía Cano sus *Lugares teológicos*, Nicolas Everardo, J. C. Flamenco, tuvo tambien la ocurrencia de escribir sobre los *Lugares jurídicos*, de los cuales publicó un libro á la mitad del siglo xvi. Tengo presente la segunda edicion, hecha en 1564, muy aumentada y corregida, segun se expresa en el prólogo. Esta obra es una Tópica harto confusa é indigesta del derecho romano. Contiene ciento treinta y un lugares, de los cuales, muchos son tomados de la Tópica general, y en la mayor parte versan sobre la semejanza ó analogía. Verdad es que muchos de ellos pueden trasladarse al tratamiento del derecho civil de cualquiera otra nacion, ya en el ejercicio de la escuela, ya en el del foro; pero los lugares fundamentales, y aquellas fuentes primitivas de donde se derivan los principios y conclusiones de la legislación, están, creo, todavía por tocar; y esta Tópica es la que necesita principalmente el derecho civil, de cualquier gente ó nacion que sea. Este defecto hace que el libro de Everardo, aunque escrito al mismo tiempo que el de Cano, no pueda ponerse en paralelo con él, ni entrar en comparacion áun en lo sustancial del asunto; pues, por lo demas, el teólogo español excede tanto al jurisconsulto flamenco en método, estilo, erudicion, profundidad, juicio, claridad y elegancia, cuanto en sabiduría excede Aristóteles á Vernei, y Bacon de Verulamio al Genuense.

## TRATADO DE LA VICTORIA DE SI MISMO,

POR

EL PADRE FRAY MELCHOR CANO.

### PRÓLOGO.

Muchas veces, con admiracion no pequeña, atentamente considero cuál sea la causa que, habiéndonos la naturaleza formado de espíritu y carne, aquesta miserable y mortal, aquel divino y sempiterno, tengamos solicitud continua del cuerpo, cada uno á su posible, y del alma no así, ántes un extraño descuido, como si ó no la tuviésemos, ó ella de nada tuviese necesidad. Ninguno hay en el mundo que para se vestir no busque una ropa la ménos mala que haber puede, y hay muchos que de resplandeciente púrpura, de fina grana, de delicada seda y áun del mismo oro y perlas se atavian, no porque les sea menester para cubrir sus desnudas carnes ó las amparar de la molestia del frio, sino por dar un poco de más lustre y gracia al ornamento de sus personas; donde cada dia se ven algunos, los cuales á su alma, no sólo de los hermosos y ricos hábitos de las virtudes no la visten, mas ni áun comienzan á echar un hilo en la tela de alguna buena costumbre, de que se cubra y adorne la parte principal que en ellos es. ¿Y qué dirémos de aquellos que solamente por su regalo, con amor superfluo de aqueste saco de gusanos, al cual pocos dias deshacen y vuelven en polvo, para cuya sustentacion pocas y ligeras cosas bastan, revuelven con estudio y diligencia increíble los campos, los bosques, los montes, los valles, los rios, los mares y aires? Y siendo para un tan pequeño corpezuelo asaz cumplido aposento una vil y pequeña choza, por le dar vana satisfaccion traen, á gran costa de las haciendas, las escogidas piedras y polidos mármoles de diversas partes del mundo, para le fundar grandes y superbos palacios, en que sin estrechura se pueda extender y cebar la curiosidad de sus ojos y de los ajenos. Mas de la celestial y divina parte de sí no cuidan, ni de qué se mantenga, ni dó more; aprisionándola cada dia más en la oscura cárcel del tenebroso cuerpo, y dándole ántes las hojas amargas del vicio que los frutos dulcísimos de la virtud. Allende desto, cuando aviene que á la carne flaca y enferma sentimos, con mil ingenios trabajamos de recobrar la perdida salud; pero á las almas sanas ningun remedio se les procura, mas á las veces huimos de los médicos y medicinas espirituales, que sin gasto se nos ofresciendo, para sanar al cuerpo á ningun gasto ni trabajo perdonamos. No hay quien sufra rota la capa ni sucio áun el zapato que calza; no hay quien pase

por un ax que en el pié tenga, por chico dolor que les cause, y en la pobre alma permitimos mil roturas, mil torpedades y llagas, bien así como si nada nos importase su atavío, limpieza y sanidad. Mujeres hallaréis, que no digo por un anillo ó qualque otra cosa de más precio, sino por una aguja de labrar que hayan perdido, dan dos y tres vueltas á una casa; y piérdese el alma preciosísima, la cual es de tanto valor, que dando Dios su sangre y vida por ella, no se tuvo por prodigo, y no hay quien trata de la buscar. Digo de la buscar, porque se cumpla la Escritura, que dice: «Infinito es el número de los nescios, porque en el desconcierto de los malos y males sin cuento resplandezca más el orden y cuenta de los buenos.» Porque áun en esto se vea que Dios es tan comedido con la libertad humana, que á nadie hace fuerza para servirle, aunque á todos muestra la obligacion que de servirle tienen; porque conociendo los hombres la dificultad de salvarse con experiencia manifesta de tantos como se condenan, desconfiados de sí mesmos, reconocan que de la divina misericordia les ha de venir la verdadera salud. Finalmente, por otros intentos ocultos de la sabiduría de Dios, segun que el Profeta dice: «Andan los malos á la redonda, Señor; tú los multiplicaste por tu alto y profundo consejo.» Si á un filósofo le preguntasen de dó procede que sea tanto el número de los viciosos, ciertamente responderia que porque andan á la redonda, por eso son muchos. Que la virtud consiste en el medio, y los vicios en los extremos; y ni más ni ménos, que en un redondo cerco hay centro é circunferencia, y serian pocos los que atinasen puntualmente al centro, y muchos los que se alansasen la circunferencia, por ser para aquello necesario tino y compas, y para esto no; así en guardar el medio de las virtudes, como hay dificultad, porque se requiere regla é sincel, y es menester guardar punto, hállanse pocos que lo hagan; pero declinar del medio á los extremos, como es fácil, cualquiera lo puede hacer sin trabajo. Por lo cual no es maravilla que los que andan en derredor se multipliquen, pues son los hombres naturalmente enemigos de trabajar, y por el contrario, amigos de aquello que sin fatiga se hace. Mas no embargante que la filosofía humana con esta razon se contenta, con todo, al profeta David le parece mejor referir esta muchedumbre de los pecadores á la profundidad de la divina sabiduría; porque á la verdad, bien mirado, gran engaño es pensar que hay ménos afan en

ser uno vicioso que en ser virtuoso, como sea tanto mayor, cuanto afana más el que anda á la redonda que el que anda por camino derecho; lo cual yo mostraria bien claro, si prólogo de obra tan breve como ésta es lo consintiese; cuyo título es: *De la victoria de sí mismo*, conviene á saber, de sus propios vicios y pasiones; la cual no es empresa tan dificultosa cuanto algunos piensan, porque sin duda más dificultades se hallan al cabo en el dejarse vencer que en vencer á la pasión, y no hay camino tan áspero, que la gracia de Dios á quien se esfuerza á le comenzar no le haga llano y en el proceso apacible, mayormente hallando los hombres buena guía que los sepa llevar poco á poco al término desta jornada; que viendo yo cuán mal recabdo hay de libros en nuestro romance castellano que competente-mente enseñen esto, me moví á tomar la fatiga de algunos días en escribir este tractado, sacando lo mejor dél de la lengua italiana, en la cual lo hallé escrito por un varon de grande espíritu y experiencia en las batallas espirituales. Hallará aquí el lector el origen y causa de cada vicio, y el efecto por do cada uno será conocido. Hallará remedios y medicinas muy apropiadas á cada enfermedad. Hallará en qué casos los siete pecados que llaman mortales sean mortales, y en qué casos sean veniales: cosa jamas vista, que yo sepa, en nuestro lenguaje español; pero tan necesaria, así para los penitentes como para los confesores, quanto ninguna otra es de las que se pueden escribir. Lo que á mí toca, no hay que me agradezcan más que el buen deseo de que todos aprovechen con la obra ajena, puesto que no es ajeno lo que la caridad hace propio para comun utilidad de muchos.

#### CAPÍTULO PRIMERO.

Siendo el hombre compuesto de carne y espíritu, como un medio entre las bestias y los ángeles, necesaria cosa es que participe las propiedades de ambos á dos, conviene á saber, sensualidad y razon; porque con los apetitos de la una se conserve el individuo y especie humana, y con la discrecion de la otra se conserve el merecimiento en el apetecer, para que no salga de los lindes que la naturaleza le tiene puestos. Estas dos partes suelen los teólogos llamar porcion inferior y superior, no sólo porque la una es de su condicion baja y terrena, la otra alta y celestial; mas tambien porque la primera está sujeta á la segunda, y la segunda rige, como superior, á la primera, la cual, por ser ciega, es justo sea adestrada de la que tiene ojos y prudencia para guiarla. Tiene la parte sensitiva dos potencias: irascible y concupiscible. La concupiscible codicia los deleites sensuales, ordenados de la naturaleza para la sustentacion del cuerpo y propagacion del linaje humano. La irascible es como guarda y amparo de su compañera para resistir á lo dañoso y defender lo saludable; porque, á no haber en las cosas sensibles el deleite, despertador de la concupiscencia, la carne delicada y enemiga de trabajo dejaria de buscar áun lo necesario, segun hay los contrapesos en procurarlo. Y si por otra parte faltase coraje para la defensa del bien ya procurado, no podría nuestro flaco cuerpo entre tantos contrarios á

la larga conservarse. Son luego entrambas potencias necesarias; pero si la razon no las gobierna con gran tino, como dos caballos desbocados, que tiran el carro sin freno y rienda, forzosamente despeñarán á sí y á lo que llevan encima, y será el hombre, no sólo semejante á bruto, más á peor, no aprovechándose de la parte que en sí es principal, ántes usando de ella para su propia perdicion. De aqueste fundamento se sigue que siendo la inclinacion ó al deseo de lo sabroso ó al desden de lo desabrido, plantada en nosotros naturalmente, no se pueda llamar ni vituperable ni loable, sino en quanto vence ó es vencida de la razon; como en los niños se ve, en quien, por ser las obras naturales, no traen consigo ni mérito ni demérito, si con el uso del albedrío no se hacen voluntarias. Y así tambien se concluye que los primeros movimientos son sin culpa, pues no es en nuestro libre poder el evitarlos; mas sobreviniendo el consentimiento, ya no son primeros, sino segundos ó terceros; ni les cuadra ya nombre de súbditos, pues dan lugar al juicio para que mire lo que en su territorio y jurisdiccion se hace; y así el mejor consejo sería hacernos fuerza al primer ímpetu; porque como alcanzando nosotros victoria de ellos, no vuelven tan á menudo ni con tanto vigor, ántes poco á poco se vienen á apagar; así, si la alcanzan de nosotros, son más recios y violentos á la vuelta, sepultando casi del todo á la razon; por tal modo, que el caer se resuelve en costumbre, para cuya extirpacion es menester tanto mayor fatiga, quanto fuera menor contrastar en el principio á la pasión, porque veas cuánto importa el bien acostumbtrarse á los principios. Mas ni por eso debe desconfiar el mal habituado, porque si porfiadamente se trabaja, no es imposible deshacer la mala costumbre con la buena: en especial ayudando á esto la gracia de Dios, la cual en un momento puede mudar de mal á bien, concurriendo juntamente nuestra industria, de que Dios en nuestras obras se quiere aprovechar para mayor gloria nuestra; porque si en esta contienda se soportáre mayor afan, crecerá más la causa del merecer, y será allí la corona más gloriosa, do fuere más reñida la batalla, como á la verdad los cargados de mujer é hijos y familia y los delicados de complexion hallarán mayores impedimentos que los libres de matrimonio y robustos de cuerpo; mas si los tales recorren continuamente á Dios, podrán llegar al mismo fin que los otros, supliendo la gracia lo que falta á la naturaleza. De suerte que no debe jamas el hombre dejar la empresa de se vencer á sí mismo, porque éste es el primer precepto que Jesucristo, nuestro maestro, da á los discípulos de su escuela: negarse á sí mismos, y aborrescer no sólo al mundo, pero á su propio cuerpo. Y sin dubda usurpa el nombre de cristiano á quien esto le falta, porque, como dice san Pablo, los que son de Cristo han crucificado su carne con los vicios y concupiscencias de ella. Bien es verdad que hay algunas dolencias ménos curables que otras, mas no por tanto se ha ninguno de desafuizar, haciendo con la desconfianza del todo incurable la enfermedad, cual suele ser en los escrupulosos, que acobardados por excesiva consideracion, ó por mejor decir, imaginacion de sus defectos, no se osan hacer fuertes para se levantar del descaimiento en que se hallan. Por diversa via caen en

el mesmo inconveniente los presuntuosos, los cuales confian tanto en la divina misericordia, que do más piensan ganarla, más la pierden, y lo que les habia de ser cuchillo para cortar el lazo, les es lazo para reatar la consciencia. Tambien se curan con dificultad los tibios, que creyendo estar callentes, están dobladamente frios, y faltándoles la vida, viven contentos con sola la pintura y apariencia de la virtud. Mas sobre todas, es dificultosísima la cura de aquellos que, habiendo un tiempo estado en gracia de Dios, y habiendo gustado la dulzura del espíritu y experimentado la suavidad de Jesucristo, despues se arruinaron, y como de lugar más alto, dieron más peligrosa caída; de quien el Apóstol dice ser imposible que vuelvan otra vez al ristre, no embargante que lo que á nosotros es imposible, es posible á Dios, á cuya arte y potencia ninguna llaga es incurable, si acudimos á él con entera esperanza de su misericordia. A él digo, que puede hacernos en un punto de pusilánimes animosos, de presuntuosos humildes, de tibios fervientes, de desesperados confiados, volviéndonos, no sólo á la primera gracia que perdimos, mas áun á mucho mayor. Concluyendo, pues, este capítulo, digo que si de nuestra parte nos esforzamos á sojuzgar nuestras pasiones, con el favor divino, sin el cual es vano cualquier trabajo, alcanzaremos de nosotros mismos y de todo vicio perfecta victoria.

#### CAPÍTULO II.

De la victoria de sí mismo en general.

Atenta y grande consideracion es sin duda menester para se entablar el hombre en ser cristiano. Ni se puede dar asiento en la vida si no se toma algun tiempo y cuidado para con sosiego y reposo tratar de la forma y manera de vivir. Por tanto, cumple dar algunos días de mano á todos estos negocios, y negociar á solas con solo Dios, recogiéndonos dentro de nosotros mismos; porque, segun dice el Evangelio: *Regnum Dei intra nos est*. Pues en esta negociacion, dado que el caudal sea de Dios, ha de ser nuestra la industria. El principal aviso que hemos de tener, es en el conocimiento de nuestra condicion. El demonio, para sitiar y combatir nuestra consciencia, reconoce primero las fuerzas y flaqueza de ella; rodéala con ojos solícitos, para asentar la artillería do ve que más daño le podrá hacer, y entrarla por el lugar donde más flaca la halláre. Si nos ve inclinados á comer y beber, por allí nos mina con la gula; si somos coléricos, danos batería con la ira; si melancólicos ó flemáticos, acométenos con la pereza y acidia; y si pusilánimes, tiéntanos con escrupulos; si ambiciosos y naturalmente confiados, hácenos guerra con la soberbia. En fin, rodea todas nuestras naturales inclinaciones, y do halla el pedernal más dispuesto, toca para sacar el fuego. Do ve que está la pólvora, hace saltar la centella, y de nosotros abrasa á nosotros con mayor facilidad. Este mesmo consejo hemos de tomar nosotros para le contraminar y saber acudir al reparo de lo más flaco: ver á qué somos inclinados, y allí poner más diligencia donde es más grave la necesidad, proveyendo con mayor recaudo á aquella parte á que nuestro adversario necesariamente ha de acudir; por-

V. F.

que no espera jamas vencernos si no se aprovecha de nosotros en la conquista de nuestras almas. El médico tambien, ante todas cosas, conoce la complexion del enfermo, despues la dolencia y causas della; ni piensa curarla de raíz si no es habiendo respeto y atencion al súbdito á quien ha de aplicar las medicinas. Semejante advertencia se ha de tener en esta cura del alma, para conocer bien nuestras calidades, y no será pequeño remedio conocellas. Entendidos ya los vicios que más naturales nos son, no nos armemos con una generalidad acostumbrada para la guerra de todos juntos, sino entremos en campo con solo uno, el que más nos fatiga, y vencido aquél, darémos tras el otro, y al fin de las siete vueltas, cairán todos los muros de Hiericó, los cuales no cayeron con sola una. Allende desto, hase de poner de nuestra parte particular solicitud en la guarda del corazon, porque deste todo bien y mal procede, no le dejando ociosamente discurrir en vanos pensamientos, de do nascen las vanas palabras, como dice el Evangelio, que habla la lengua de la abundancia del corazon, y áun tambien las malas obras, como en el mesmo Evangelio se escribe, que del corazon salen los adulterios, homicidios y falsos testimonios. Cumple estar á punto para distinguir la calidad del pensamiento que nos ocupa, que algo es vano, como de guerras y otras cosas impertinentes; algo superfluo, como de pérdida de hacienda, de hijos, de deudos y otras semejantes desgracias, á las cuales, pues con pensar en ellas no se da remedio, convernía dalles de mano, si quiera por no affigirnos en balde, quanto más, que el daño es grande para la conciencia. Ni más, ni ménos todo pensamiento de rencor y venganza, por más que esté impreso en el alma, con repensar la pasión de nuestro Redentor ha de ser testado, y tal escriptura hase de borrar en la sangre de Jesucristo; pero, sobre todo, se requiere gran diligencia en desarraigar los pensamientos deshonestos, ora nazcan del demonio, ora de la carne, ora de nuestra mala costumbre, y esto se hará huyendo el ocio, la compañía y las otras cosas que acarrear semejantes imaginaciones, y armándose de continua oracion, de que en la guerra contra este vicio hay más necesidad, por ser la victoria del particular don de Dios. Con tales principios, en fin, llegarán los hombres á se vencer á sí mismos, que es el intento de este libro, é intento principal de cualquiera buen cristiano.

#### CAPÍTULO III.

Del vicio de la gula.

El primer recuento en la batalla espiritual es contra la gula. Que como la concupiscible naturalmente nos inclina al comer, proveido de la naturaleza para la conservacion de la vida, queriendo proveer á lo necesario, nos trasporta á lo superfluo. Y así es muy dificultoso contenerse en los términos de la necesidad, y refrenar todo deleite demasiado en el manjar que con tan justa color se toma; porque, ó anticipando el tiempo, ó traspasando la medida, ó procurando superfluas delicadezas, ó saboreándonos con excesiva golosina en lo que comemos, ligeramente incurrimos en aqueste vicio, del

cuál luego nasce un escuadrón de pecados, que cercan el alma y por todas partes la combaten. Primero, aunque generalmente la gula es madre de muchos vicios, mas su hijo primogénito es el de la lujuria; que de vientre goloso es muy cierto el parto lujurioso. Después se sigue la pereza, que como con la pesadumbre de la comida no se puede levantar en alto el corazón, teniendo las alas pegadas en la liga de la muelle carne, como con los humos del manjar la cabeza se carga de nublados, queda el hombre inhábil para la meditación y oración y para cualquiera otro espiritual ejercicio. De ahí sucede el excesivo dormir, acompañado de muy torpismos y abominables sueños é inmundicias. De allí viene el hablar sin fruto, y de las infructuosas se salta en las dañosas, de las vacías en las sucias palabras, de los motes en las lástimas, de la conversación en la detracción; así el tiempo preciosísimo se pierde, y con él el alma, cayendo desprovadamente en el infierno.

Difícil cosa es vencer perfectamente la gula; así porque nasce con nosotros y en la leche la mamamos; así porque es pelea muy ordinaria, y no la podemos huir; así porque con el velo de la necesidad muchas veces se cubre la superfluidad; así por la poca graveza que al parecer este vicio en sí tiene, y las muchas excusas que nosotros le hallamos, pretendiendo razones sofisticas en conservación de la vida y sanidad, y no miramos que no ha puesto Dios la delectación en el manjar para satisfacer el apetito, sino solamente por salsa para despertarle á tomar sólo lo necesario para conservar el cuerpo. Do la gula, por el contrario, no tiene respecto á la necesidad, sino al deleite, y con la demasia del comer gasta la salud, que con la templanza se conserva. Séate, pues, regla general, que cuando y cuanto comieres sin haberlo menester es pecado de gula, el cual conocerás en tí por estas señales. Si previenes la hora sin causa manifiesta; si habiendo comido lo necesario, comes las otras viandas que de nuevo te ponen, y pudiendo cómodamente vivir con dos suertes de manjares, no te contentas sino con cinco ó seis; si creyendo que te hace mal, por el apetito que tienes no lo dejas; si bastando poca diligencia, solicitas mucho la comida; si turbas la casa y riñes con la familia de que no guisan á tu sabor; si aún, apenas acabada la comida, piensas y hablas de la cena; si comes hasta hartar; si apresuradamente y con agonía, ó al revés, muy de espacio, entreteniéndote el sabor del gusto; si viendo algunas golosinas, ó entrando en huertas y viendo algunas frutas, no te refrenas de no picar y gustar de todo; si hablas de buena gana en diferencias de manjares y de vinos; si estás muy atento á que no pase la hora; si, siendo súbdito, murmuras de las faltas que hay en la mesa. Finalmente, digo que como comienzas á entender en este ejercicio, Dios te dará á entender lo que te falta para ser templado, y habiendo descubierto la llaga, procura con diligencia la medicina, y desconfía de vencer el segundo vicio y el tercero, no saliendo victorioso deste, que es el primero, para el cual, entre otros muchos remedios, es muy bueno tener siempre en la mesa alguna santa licion y oirla atentamente; porque sin duda cuanto de mantenimiento recibe aquella hora el alma, tanto de moderación se pone al cuerpo.

Bien parecería cosa nueva en un seglar lección de mesa, mas por cierto tengo que, según están estragados en este caso los cristianos, cualquiera reformation de su claustra les parecerá novedad, y si les dijese que á lo ménos moviesen alguna plática provechosa, también dirían ser pesado consejo el que les quita el mejor plato de su comida, que es la conversación, y aún personas habrá que bendecir la mesa, y dar gracias después de alzada, lo ternán por pesadumbre, á los cuales bastará decirles en qué casos la gula es pecado mortal, porque siquiera se guarden de lo más grave, ya que no estiman lo que es ménos. El primer caso es cuando se quebranta algún ayuno de la Iglesia. El segundo, cuando hace notable daño á la salud lo que se come ó bebe. El tercero, cuando por la demasia del comer y beber se pierde el juicio, como en los beodos acaesce. El cuarto, cuando el exceso es tan grande, tan costoso y ordinario, que las limosnas debidas á pobres se ensuelven en banquetes y glotonías, como del rico epulón en el Evangelio se lee: *Et epulabat quotidie splendide*. El quinto, cuando á causa del mucho regalo y demasiada cantidad alguno se ve peligrosamente tentado de la carne, y no embargante el peligro, todavía echan olio al fuego y cebo á la carnalidad. Finalmente, cuando uno fuese tan sujeto al vientre, que entrase en el número de los que san Pablo dice: *Quorum Deus venter est*; lo cual conocerá si ofreciéndose alguna otra cosa á que sea obligado de precepto, la traspasa por no hacer contra su golosina. Esto se ha dicho por los flojos; que los diligentes y solícitos de su salvación, como saben que de lejos viene el agua al molino, mayormente en los vicios carnales, guárdanse de las cositas pequeñas por no venir poco á poco á las grandes. Volviendo, pues, á los remedios de la gula, el más singular de todos es tener siempre en la memoria aquella hiel de que en su postrimera sed fué nuestro Redentor abrevado; y si posible fuese á cada bocado tener puestas las mientes en las llagas de Jesucristo, en breve tiempo esta mala llaga se sanaría. De la cual entónces conocerás estar sano, cuando, entendido que el manjar se nos dió por medicina, no cobdicias más al sabroso que al desabrido, con tal que te dé bastante fuerza y nutrimento. Veráslo también en si te traen con pesadumbre á pagar este tan importuno tributo al vientre, de cuyas impusiciones y servidumbres, si una vez te libiertas, nacerá en tu alma una continua alegría, verdadera señal de haber sopeado todo deleite de manjar exterior con el espíritu mantenido y lleno de interior consolación.

#### CAPÍTULO IV.

Del vicio de la lujuria.

La segunda batalla nos da el segundo vicio, el hediondo pecado de la lujuria, cuyo aposento también es en la concupiscible. Y si para este encuentro no tomáremos las armas del espíritu, no hay defensa que baste; porque la batería dél es tan recia, que si Dios de su mano no repara y fortalece la conciencia, sin falta dará por el suelo con todo el edificio espiritual, que estriba sobre las cuatro esquinas de cuatro virtudes cardinales. Y caída al primero combate la columna de la tempe-

rancia, cae juntamente aquella de la fortaleza, no se haciendo el hombre fuerza á vencer su apetito; piérdese también la luz de la prudencia, como por la experiencia se ve en los carnales, que, á guisa de brutos, se les entorpecen los ingenios cerca de las cosas divinas, y aún también cerca de las humanas. En conclusión, padece detrimento la justicia, no pagando una deuda tan debida á Dios, como es conservar su templo en toda limpieza, la cual es verdadero medio para ver á Dios, que de solos los limpios de corazón se deja ver, y es la justicia del reino del cielo, do todos serán como ángeles, si en la tierra como ángeles hubieren vivido. Nasce en nosotros aqueste vicio primeramente de los sentidos, como de ver, oír y tocar cosas incitativas á lujuria. Por tanto, siguiendo el ejemplo de Job, conviene hacer pacto con cada sentido que no pase la raya de la razón; porque si en esta primera estancia no se resiste al deleite, encontiente salta á la segunda, que algunos llaman cogitativa, otros imaginativa, do se anidan las malas representaciones, en las cuales el pensamiento, detenido con deleitarse en lo que piensa, tiene por nombre en las escuelas cogitación morosa, y así cumple á la hora, ántes que la pólvora prenda, traer á la imaginación otras cosas buenas en que se ocupe, porque los malos pensamientos sean constreñidos y forzados á dar lugar á los buenos, y como dicen, con un clavo salga otro. Donde no, en un punto comienza la razón á ser herida del deleitoso beleño, el cual siempre por la mayor parte prende en aquellos que en este caso se descuidan; pero si, aún hecha esta diligencia, todavía persevera la tentación, aquí es necesario con ayunos, vigiliat y disciplinas ayudarse, ó ciertamente con oración y contemplación. Porque de una parte sea este mal huésped alanzado con la asperanza del cuerpo, y de la otra, siendo el alma proveída de deleites celestiales, desprecie con el favor divino los carnales. Otramente sea cierto el cristiano que el monstruo pasará al postrimer aposento, albergándose en la voluntad, la cual, en consintiendo que pase, concibe y páre el pecado mortal. Y es mucho de notar que este voluntario consentimiento tiene muchos grados. El uno se llama sensual, como sería sin dañada intención tocar la mano y complacerse en el tacto. Digo complacerse de un cierto linaje de complacencia carnal, que conocerás en el efecto por la alteración y encendimiento de la carne; que á no haber más que un deleite natural de tocar lo blando ó lo templado, como podría acaescer entre dos mujeres que honestamente se tocasen las manos, tal caso no pertenesce al vicio de que ahora hablamos. El segundo grado es en la cogitativa, cuando la voluntad casi de propósito disimula y deja el pensamiento torpe perseverar con su deleite, en que peligran á las veces las mujeres viudas, por la memoria de las obras pasadas con sus maridos. El tercero es un consentimiento condicional, como cuando el hombre querria que el tal deleite fuese lícito, ó le pesa que sea vedado. Y aquí suelen tener peligro las doncellas, en pensar cómo se holgarian con aquél ó con el otro, si fuese su marido. Todos éstos, hablando por términos escolásticos, se nombran consentimientos interpretativos; porque se interpreta y declara que la voluntad quiere aquel de-

leite sensual, pues no lo impide, pudiendo y debiendo, ántes lo permite estar en el apetito sensitivo. Y aunque no falta quien en algunos destes casos, especialmente en el tercero, excusa de pecado mortal, lo cual no es cierto, dado que sea muy probable; pero ninguno puede negar el peligro de consentir, el cual quien no huye, según la sentencia del Sabio, perecerá en él, como la experiencia con su propio daño mostrará á quien sin ella no lo creyere. El último grado es con absoluta y deliberada determinación, do expresamente consiente la voluntad en el mal, aunque lo deje, ó por temor de la honra, ó por otro cualquiera humano respecto, ó porque falta oportunidad para cumplir aquel mal deseo, en el cual la culpa del pecado es ya cumplida, puesto que no intervenga la ejecución exterior. Mas, como al principio de aqueste tratadillo dijimos, de sucios pensamientos se viene ordinariamente á sucias obras; y quien comienza á descender la primera grada, por sus pasos contados dará consigo en la postrera, y de escalón en escalón, sin lo echar de ver, caerá en el profundo, donde por las manifiestas culpas conocerá cuáles fueron las ocultas que con los vaivenes de las imaginaciones torpes solía cometer, amenazando la caída en que después se halló. Pues veamos ahora cuántos son los males que deste solo mal proceden. Primeramente hace á los hombres, hombres de noche, que, como lechuzas ú otros animales nocturnos, no pueden alzar los ojos á ningún resplandor ni hermosura celestial. Item, hácese el hombre inconsiderado, que ni teme daño ni vergüenza, ni tiene respeto al bien que pierde ni al mal en que incurre; porque el vicio á que está atado le trae en torno cubierta la vista como á bestia de noria, ó como á Sansón los filisteos, sacados los ojos en la tahona. Finalmente, de tal suerte se ciega la razón, que todo el afecto que se había de emplear en Dios, se revuelve al mundo, y todo el cuidado que se había de poner en el alma, se traspasa al cuerpo; ni se sabe ya imaginar otro paraíso, salvo revolcarse en el cieno del lujurioso deleite, é ya que alguna vez levanta el corazón á Dios, es para le demandar ó gracias mundanas ó bienes temporales; que otros ni los desea ni los estima, y aún á las veces este abominable vicio trae al hombre á un fastidio de Dios y de las cosas divinas, y sólo aquello le cae en gracia, que no desdice á sus torpes deseos. La licion de santos libros le aborrece, las buenas pláticas le enfadan, la oración le da en rostro, de la santidad propia desespera, la ajena le amohina, los humanos consejos le importunan, las divinas inspiraciones le remuerden. En fin, toda buena consideración le es molesta; porque el miserable deleite le tiene tan captiva el alma, que le hace tener ódio á todo lo que pone embargo en los placeres de la carne; y así le pesa que haya leyes en contrario, que haya infierno, que se le acuerden sus pecados, que haya inmortalidad del alma y eternidad de siglo advenidero, con breve término y conclusión de toda su felicidad presente. Donde viene que la fe no le es más que una hiel en la miel de sus carnalidades, y cuando le representa, ó la eterna bienaventuranza de los buenos, ó la perpétua mala ventura de los malos malditos, cae en una mortal accidia, y comienza á vacilar en la

firmeza de la fe con una confusion de varios pensamientos, que es la Babilonia, la cual edificó el amor propio, creciendo de dia en dia, hasta venir al desprecio de Dios y de sus divinos preceptos. Tal es la cola desta monstruosa serpiente, que luego luego tan halagüeño y blando rostro nos muestra. Tal es el remate del vicio de la lujuria, que su poco á poco vino á asolar la fábrica de la virtud hasta los fundamentos della.

## CAPÍTULO V.

De los remedios contra la lujuria.

Así que, conviene esforzarnos para la victoria deste vicio, conociendo primero la raíz de donde nasce, que principalmente es la ociosidad, albañar de lujuriosos pensamientos, la cual desterraremos de nosotros con el continuo ejercicio, proporcionado á la complexion y calidad de cada uno. Digo proporcionado, porque no todo ejercicio conviene á todos: á los robustos de cuerpo el mejor es ocuparse en obras de trabajo corporal, y las que fueren más piadosas y provechosas al prójimo serán más medicinales á esta llaga, mayormente si se mezcla siempre alguna breve oracion; pero los que son flacos y delicados deben poner todo su esfuerzo y fuerzas en los ejercicios interiores, como son liciones, meditaciones, oraciones; mas ni con todo esto nos podremos defender de aquesta bestia, si no le atajamos los pasos. Quiero decir la gula, la cual, segun arriba dijimos, dispone gravemente á la lujuria, y sobre todo, la conversacion de aquellas personas que con su vista ó con sus palabras nos inducen á tal vicio. Brevemente estas y cualesquier otras raíces se han de sacar, y no sólo segar la mala yerba, que á cabo de tres dias tornará de nuevo á crecer. Ni se provee bien á los malos fines, si no se provee á los medios que paso á paso nos llevan á tales fines. Que á este propósito mandó Dios á Lot y á su mujer, cuando los sacó de Sodoma, que ni volvieran á mirar atras, ni parasen en ningun lugar cercano; lo cual, quanto fuese necesario, nos enseñó bien la inconsiderada mujer, que pareciéndole no haber peligro en volver los ojos, se volvió en una sal, porque quiso ser más sabida que convenia, y no creyó que quien de Sodoma se quiere librar, conviene que áun no la mire, quanto más dar otras muchas y muy grandes ocasiones más propincuas al vicio, las cuales el que no huyere, no huirá el efecto dellas. Ni es necesario traer para en prueba de todo esto el excelente ejemplo de Dina, hija de Jacob, ni el de David, rey de Israel; pues los ejemplos son tan cotidianos, quanto son los mismos dias. Cuantos hay que proponiendo y prometiendo con mil juramentos la enmienda cuando la Cuaresma se confiesan, como perros al vómito y puercos al lodo, no quitando la primera ocasion, vuelven á la primera lujuria. ¡Oh, si pluguiese á Dios que los confesores y penitentes abriesen los ojos para ver que ésta es la principal causa de tantas recaidas, y que por pequeños excesos y mal regimiento, cayendo y recayendo, nunca acaba el hombre de sanar! Dormir en blanda cama, comer delicados manjares, vestir muy setiles y delgados lienzos, ataviarse de preciosas y olorosas ropas, en fin, vivir vida regalada, no es grande exceso;

mas es tal, que pudo san Pablo decir: «La viuda que así viviere, viviendo muere.» Ni más ni ménos reir, gorjear, decir un requiebro ó una palabra poco honesta, poco mal es si lo miramos en sí; pero el Apóstol, mirando lo que de allí se sigue, por muy grave lo encareció donde dijo: «Fornicacion y toda inmundicia, palabras livianas ó torpes y chocarrerías, ni se nombren entre vosotros.» Dábale el Espíritu Santo á conocer que quien ha de ser casto, ha de huir el mirar desvuelto, las hablas deshonestas, la conversacion peligrosa, la vida regalada, la lición de libros no limpios, el pensamiento de cosas torpes; que de semejantes raíces, ó á la corta ó á la lengua, nascen los frutos de lujuria; é ya que no nazcan, no carece de culpa ó amar ó no aborrecer las causas de la caída, aunque no caigas con efecto; porque á este fuego no quitar la leña es encenderlo, á esta pasion no quitarle el objeto es moverla. Y dado que queramos fijar los piés junto al despeñadero, no podremos; que el lugar es tan peligroso, que deslizarán los firmes, quanto más los deleznales, á los cuales su misma flaqueza los ha de recelar de sí, porque la ocasion, por pequeña que sea, pone en estrecho á los flacos, mayormente en esta lid, do quanto el combate es más recio, tanto es más rara la victoria. Tambien es menester tocar con instante y frecuente oracion á la puerta del cielo, porque la virtud de la castidad, como ya en el segundo capítulo fué dicho, es sobre nuestras fuerzas y dón especialísimo de Dios; y si me dijeres que has demandado muchas veces á Dios esta merced, y no te ha oido, yo te respondo que no es posible ser falso el dicho de nuestro Señor Jesucristo: *Omnis qui petit, accipit*. Sino que tú, ó no pides sino con palabras, y Dios no entiende á quien no entiende á sí mismo, ó ya que haces oracion, no te aparejas de tu parte á recibir esta gracia con quitar todos los impedimentos della. Poco le aprovecharon á san Hierónimo las oraciones en Roma hasta que, apartándose de los inconvenientes, aprendió en el desierto que huyendo y orando aquesta guerra se vence. Así que, ten por cierto que si fielmente pones tu industria, y con deseos más que con palabras ruegas á Dios que ponga su gracia, sin falta saldrás victorioso de aquesta batalla; mas acuérdate de estar siempre bajo, porque la humildad conserva la castidad, y el que se enaltece ó con ufanía del dón que posee, ó con desprecio del prójimo que no le posee por justo juicio de Dios, juntamente perderá lo que de Dios no meresce, y caerá en la flaqueza de que en su prójimo no se compadesce. Y si quieres conocer cuándo has aquesta excelente virtud de la castidad adquirido, mira si tienes el alma encendida y aficionada á la puridad, así interior como exterior; porque como tener un desenfrenado ardor y encendimiento de la carne es señal de ser esclavo de la sucia lujuria, así haber, por el contrario, revuelto el amor á la limpieza es argumento de poseerla, especialmente si conversando con personas que provocan al pecado, y ofreciéndose cosas deshonestas á los sentidos, ni el alma ni el cuerpo se mueven á cosa deshonestas; porque, como el lujurioso de la vista de las personas honestas saca deshonestidad, así el verdaderamente casto viendo cosas lujuriosas no se envicia, ántes se enciende más en el deseo de la vir-

tud con el asco y aborrecimiento de la torpeza que ve. Como de santa Ines leemos, que llevada por fuerza al lugar público, no sólo no le amancilló su puridad, mas de sucio fué hecho limpio, y con la presencia del cuerpo y el alma casta, se convirtió la morada de torpes mujeres en templo de puros ángeles.

## CAPÍTULO VI.

De la ira.

La parte irascible, como ya dijimos, nos fué dada para defension de la concupiscible; por lo cual, si en algun bien nos hacen estorbo, ó si con algun mal nos quieren hacer molestia, súbitamente el corazon se conmueve, y todos los miembros se arman de ira para acudir á la defensa. Y si esta potencia se emplease en aquello para que de Dios fué ordenada, no sólo no sería empecible, mas utilísima y necesaria; por lo cual yeran aquellos que culpan á la naturaleza en la culpa que ellos tienen, ó por no refrenar el movimiento natural, como podrian y debrian, ó porque la saña que se habia de tener contra el vicio la revuelven contra el prójimo, como si con las armas hechas para amparo de la república matase alguno los propios hijos, ó como si el mastin puesto por el pastor para guarda de las ovejas volviere los dientes contra ellas. Queriendo, pues, hablar de la ira, la cual primeramente en esta parte nos ocurre, que de ira tomó el nombre, digo que si la tomamos por un subimiento de sangre ó de cólera al corazon, ni es meritoria ni desmeritoria, ni pecado ni virtud. Mas cuando ahí sobreviene con el consentimiento el deseo de venganza, á la hora se comete la culpa, salvo si el tal apetito no fuese reglado de la razon, que entónces la saña se llamaria celo, el cual, quanto á la obra, no se descierne del enojo culpable, como de Moisés se lee, que airado derramó mucha sangre con sus propias manos; pero en el mismo tiempo el alma estaba con tranquilidad de dentro, aunque ménos de fuera se mostraba. De suerte que cuando el auctoridad pública y el oficio que tenemos nos compele al castigo de los otros, este tal coraje no le llamamos aquí ira; porque no solamente no es vituperable, mas es loable, como sería tambien si alguno se ensañase contra sus mismos vicios, y se castigase porque los cometió; pero en otros casos el airarse es vicio, ni cabe excusarlo con decir que los primeros movimientos no están en nuestra mano, y que la cólera es un humor natural, que súbitamente echa los humos á las narices, porque sin dubda quanto el hombre fuere más pronto á se desculpar, tanto será más insanable; como al reves, el que conosciere su mala costumbre ó descuido de no se ir á la mano, con más presteza buscará la medicina de la llaga que en sí ha visto. Bien sea verdad que este vicio á las veces anticipa la razon de suerte, que el hombre que lo tiene áun no lo echa de ver. Algunas veces la ciega, y muchas en tanta manera se enseñorea del alma, que de todo punto la perturba, hasta traer al hombre á blasfemar á Dios, ó tomar al que ménos querría que tocase á sí en sus ojos. Porque este fuego es tan maligno, que con la humareda que de sí levanta, del todo entenebrece la vista del entendimiento; mas esto no ha de ser excusa, sino

espuela para procurar emienda de la pasion que en tanto grado saca de tino á la razon, y conduce á muchos otros vicios; los cuales, ó son sus hijos, ó á lo ménos sus compañeros, porque no puede ser ira sin soberbia, como quiera que jamas se halló hombre humilde que fuese iracundo. Allende desto, es causa de ordinaria tristeza; porque no se pudiendo vengar, queda con un amargor y acedia desasosegado, la cual tambien se sigue volviendo el hombre sobre sí, cuando pasada la furia, reconoce el desatino que pasó. De la ira tambien salen las injuriosas palabras, las contenciones y rencillas, las blasfemias y enemistades, y áun á las veces las pérdidas de familias y de pueblos. Item, es el iracundo incomportable en la conversacion, porque fácilmente y de pequeñas causas se enoja; la avaricia, cuando le tocais en los dineros, le indigna; la gula, cuando el comer no está á su modo, le ensaña; la soberbia, si le llegais á la honra, le embravesce. Brevemente en todos los vicios prende por livianas ocasiones; y cien veces al dia, de las burlas y de las veras, voltea la razon de un hombre furioso, y turba la conversacion de los amigos, y revuelve la casa y personas con quien trata. Por donde el sabio Salomon aconseja que ningun cuerdo tome amistad con hombre iracundo, que es inhábil para ser amigo de nadie; mayormente que entre los amigos se comunican cosas secretas, y como el airado sale de sí, por un pequeño desabrimiento os lastima con descubriros el secreto que más os importaba. Ciertamente, si el iracundo supiese el peligro que tiene, ternia piedad de sí mismo; porque ni deste mundo goza, ni del otro, á desesperacion del cual algunas veces la impaciencia le trae, y áun el demonio, que le venció en este pecado, luego le entrega á otro su compañero, para que en otro vicio le despeñe, y á cada paso le pone tropiezos con que le hace caer, y con cualquiera cosilla atiza el fuego, ó por se apoderar cada hora dél, ó por le hacer más continuos desabrimientos, que áun en esto se venga de nuestra naturaleza.

## CAPÍTULO VII.

De los remedios contra la ira.

Algunos en el remedio deste vicio son tan bestiales, que no pueden quietarse si con el mucho gritar y reñir algun rato no desfleman, echando de sí el fuego de que están abrasados, los cuales verdaderamente son incurables; porque con la ira piensan aplacar la ira, como si algun ignorante con ejecutar el apetito de la gula ó de la lujuria pensase apagarla, como á la realidad de la verdad ántes se encienda más. Algunos otros, porque tan fácilmente se desenojan quanto fácilmente se enojan, no les parece muy grave este defecto; y así, como la cura no les es de importancia, todavia perseveran en el mal, los cuales debrian pensar que muchas heridas, aunque no mortales, alguna vez serán causa de muerte, ni más ni ménos que una sola mortal. Otros hay que reservan la ira en el corazon, y allá se la cuecen en su pecho; y aquestos, aunque no hacen mal á los otros, hácenlo á sí tanto más peligrosamente, quanto la llaga es ménos infame por ser más encubierta. Y áun hay personas afables con los de fuera de casa,